

lograria con ello hacer el gusto á los que solo quieren verlo muerto. Es preciso vivir, hermano, y mostrar que hay espaldas donde echar todas las penas y alma para sufrirlo todo. Usted debe vivir para buscar el desquite, hermano, que tal vez algun dia la muerte se canse de aporrearlo y pueda ser feliz.

—No hay felicidad ya para mí, contestó Santos Vega con su ademán mas triste. Cuando el corazón se marchita y se seca, sucede lo mismo que con la vejez: no vuelve á rejuvenecer más.

—Párese no más hermano, respondió Carmona con su original filosofía. Cuando uno recibe una puñalada profunda, y vé salir la sangre á chorros, parece que la vida se vá con ella porque uno se siente morir. Viene el desaliento y el espíritu entristecido se vuelve á las prendas que uno va á dejar para siempre. Pero poco despues la sangre se estanca, se va sintiendo circular la vida cada vez más vigorosa y la esperanza renace de nuevo. La herida se va cerrando poco á poco hasta que al fin de algun tiempo se halla una tan bueno, que podria recibir dos heridas donde recibió la primera. Asimismo son las cosas del corazón, por lo que yo veo, hermano. Se recibe un desengaño ó se pierde la mujer querida, como el caso presente. El corazón tiembla y se recoge al seno sollozante, y sus latidos se van apagando. El golpe es rudo, uno lo siente en lo más noble, pensando que todo ha concluido allí. Pero poco á poco la sangre va circulando, el corazón empieza á latir mejor y el primer aturdimiento se disipa mitigando la pena. Y se mira un dia una mujer hermosa y uno *siente* sin *sentirlo*, que todavía tiene corazón para querer. Porque las mujeres, hermano, son para el corazón lo mismo que las mechas para las puñaladas. Las dos retañan la sangre y nos hacen olvidar bien pronto el mal que nos aflige.

Santos Vega no pudo menos que sonreír ante aquella filosofía original.

—Puede tener razón, hermano, dijo, pero yo siento que esto se acabó para mí. Esta herida ha sido abierta sobre un montón de cicatrices, y no hay mecha que le venga bien. Yo conozco que el tiempo, que todo lo cura, no curará mi herida, porque en esa mujer habia puesto yo todo mi porvenir y mi pasado. Era el bálsamo que apagaba el dolor de mis viejas heridas y el consuelo de todas mis desventuras. Dios lo habrá querido así y no hay más que conformarse con su voluntad. Arrastraré como un gusano este misereble pucho de existencia, y cuando ella se acabe rendiré la vida sin el menor pesar. De todos modos no puedo hacer nada, porque no sé si la volveré á ver sobre la tierra.

Y Santos Vega agobió la cabeza, entregándose á sus más tristes reflexiones.

Carmona, con el espíritu más libre, se ocupó de los caballos, atándolos en un paraje donde podían comer bien. Era preciso atender á los caballos para que repusieran sus fuerzas porque estaban á pié, inconveniente serio si llegaban á tener algun encuentro fatal.

En seguida volvió al lado de su amigo, tratando de distraerlo con alegres relaciones, Santos Vega veía la abnegacion de Carmona, sentía la amistad purísima de aquel jóven y su cariño por él crecía á cada instante.

*Amistad hasta la muerte—12*